
CAPÍTULO VIII.

Donde se come bien, se bebe mejor y se habla
por los codos.

Matusalem estaba impaciente, y con razon, porque hacia una hora larga que esperaba á sus amigos para celebrar con un almuerzo de confianza el feliz advenimiento de Miguel al mundo. Su tierna solicitud por aquel amigo extraviado, que volvia al seno de la sociedad y de la vida bajo tan favorables auspicios, le habia sugerido la delicada idea de reanudar los rotos vínculos de la amistad antigua en un almuerzo íntimo, en que un abrazo comun y un mutuo juramento uniria para siempre las voluntades de los cuatro.

En otra ocasion no le hubiera parecido tan larga la hora, porque el tiempo vuela, anda

ó se duerme, segun el caso y las circunstancias, y por eso hay horas que parecen siglos, y días rápidos como un instante. En aquella tardanza temia ver la mano de la Marquesa, y aunque el golpe que preparaba era de un efecto seguro, no las tenía, sin embargo, todas consigo. Además, queria atar bien todos los cabos, y uno de ellos, el más importante, era sondear el corazón de Miguel para calcular bien el alcance del arma que iba á poner en juego.

De repente sintió que un coche se detenía en la puerta de su casa, y poco despues sonó la campanilla del recibimiento con esa precipitacion con que llama el que trae prisa, precisamente porque llega tarde.

Guillen fué el primero que apareció, y al verlo Matusalem le preguntó en voz baja:

—¿Y el enfermo?

—Ahí viene, le contestó, muy malo; *in extremis*.

Despues entró Medina y luégo Miguel. Matusalem dijo:

—No os esperaba tan pronto, y en verdad que me sorprende vuestra presencia.

Como la hora de la cita pasó hace ya mucho tiempo, creí que habriais dejado nuestro almuerzo para mañana..... No me deis excusas, porque si son tan largas como la tardanza, vamos á almorzar el día del juicio. Con que, al comedor.

Los cuatro salieron del gabinete de Matusalem y se dirigieron al comedor, sentándose á la mesa Guillen enfrente de Medina, y Matusalem enfrente de Miguel.

El dueño de la casa habia prescindido del rigor de la moda, que impone la obligacion de servir los almuerzos en mesas sin manteles, novedad cuyo origen debe remontarse á tiempos muy remotos, y que al mismo tiempo es un capricho bastante curioso, que no tiene nada de limpio; una mesa sin manteles es una cama sin sábanas; desnudez vergonzosa, sólo comparable á la de una mujer sin camisa.

La mesa, redonda como un duro, estaba cubierta de un rico mantel adamascado, sobre el que cuatro grupos de copas de diferentes tamaños, figuras y colores anunciaban que iba á pasar por allí una sucesion in-

terminable de vinos. Amén de esto, la diversidad de los postres y entremeses, contenidos en preciosos platos de porcelana y en elegantes fruteros, daban seguro indicio de que se trataba de un almuerzo verdaderamente fuerte, en el que Matusalem se había propuesto echar la casa por la ventana.

Guillen fué el primero que, sorprendido por el *comfortable* aspecto de la mesa, hizo un gesto de admiración, y soltando la lengua, dijo:

—Grande acontecimiento debe ser la vuelta al mundo de este abogado sin licenciar, cuando Matusalem se entrega al regocijo rascándose el bolsillo de una manera tan increíble, dada su naturaleza económica, incapaz de semejante despilfarro.

—Verdaderamente, añadió Miguel, es pasmosa la prodigalidad con que nos obsesquias; tanto, que empiezo á dudar si es el mismo ó es otro.

—¡Ah, bribones! exclamó Matusalem. ¡Cómo os reiriais de mí si yo tuviera la debilidad de arruinarme en vuestro obsequio; mas no espereis semejante cosa, y ántes de

celebrar mi esplendidez, esperad el último plato.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó Medina.

—Quiero decir que en un almuerzo de cuatro amigos que se hacen servir de casa de Lhardy los vinos más exquisitos y los manjares más delicados, como pudieran hacerlo cuatro príncipes de las primeras casas de Europa, el último plato es la cuenta.

—¿Es decir, preguntó el médico, que almorzamos á escote?

—Ésa es la regla y ése es el orden; al reunirnos aquí para anudar nuestra amistad antigua, no habíamos de romper la tradición de nuestra antigua costumbre: el escote es la base de la amistad verdadera.

—Eres el mismo, gritó Miguel; te reconozco, y te prometo para la primera ocasión que se presente, el abrazo más tierno que has recibido en tu vida.

—Ya no te temo, replicó Matusalem; porque yo soy el mismo, pero tú eres ya otro. Aquel gaban raído, aquel sombrero horroroso, aquella facha patibularia, cuya sola pre-

sencia me aterraba, han desaparecido. Sanson ha perdido la fuerza..... estás desarmado.

—No solamente está desarmado, añadió Guillen, sino que está herido.

—Más aún, dijo Medina; está desarmado, herido y prisionero.

—Pues, desarmado, herido y prisionero, todavía puedo con los tres.

—Tengamos juicio, exclamó Matusalem; ya no somos niños; Miguel habrá cumplido ya veinte y cinco años; tú, Guillen, andarás tras de los treinta. Medina estará tocando los treinta y cinco, y yo, preciso es decirlo, aunque poco á poco, me voy acercando á los cuarenta.

Al oír estas últimas palabras, los tres que las escuchaban se miraron mutuamente, clavando despues los ojos en Matusalem, que con la presencia de ánimo de un héroe sostuvo sin pestañear y con admirable sangre fría las miradas burlonas de sus tres amigos.

Guillen rompió el silencio, exclamando:

—¡Cuarenta años!..... Vamos, soy médico y no puedo consentir que de ese modo le

usurpes á las enfermedades el derecho de quitarte la vida.

Matusalem se volvió á Medina, preguntándole:

—¿Y tú qué tienes que decir?

—Yo, contestó éste, advierto que tu edad experimenta unas oscilaciones desastrosas; siempre está en baja; con las diferencias que arrojan tus liquidaciones podria cualquiera vivir muy cómodamente; tu juego no deja de ser ingenioso; pierdes años para ganar tiempo; en fin, si Dios alarga el resto de mis días, abrigo la esperanza de verte recién nacido.

—Ahora te toca á tí, dijo Matusalem, dirigiéndose á Miguel. Si no se ha agotado el repertorio de tus gracias respecto á mi edad, dinos tu último chiste, que, bajo palabra de honor, lo celebraré como es debido; habla, pues, y cierra este debate incidental consumiendo el tercer turno.

Miguel se sonrió diciendo:

—Yo no tengo nada que añadir al ilustrado juicio de los dos señores que con tanto acierto me han precedido en el uso de la

palabra, y únicamente deseo que, para evitar sucesivas equivocaciones, convengamos en la edad que te has propuesto tener de hoy en adelante.

— Perfectamente, exclamó Matusalem; si yo os dejara discutir el interesante punto de mi edad, nos sorprendería la muerte sin que hubierais conseguido poneros de acuerdo, y hasta seriais capaces de recusar mi partida de bautismo por un año más ó menos. No me sorprende que os escandalicen mis escasos cuarenta abriles, cuando, al bautizarme con el nombre de Matusalem, tuvisteis la generosa amabilidad de concederme la edad dichosa de novecientos años. La cuestión no es de muy buen gusto, pero no he de incurrir en la torpeza de enfadarme porque vosotros con pródiga mano me otorgueis el envidiable dón de tan larga vida.

Un nutrido aplauso cubrió las últimas palabras del orador, y las cuatro copas llenas del vino correspondiente al plato que acabaron de devorar, se vieron á un tiempo suspendidas en el aire, quedando un instante después sobre la mesa completamente vacías.

Guillen se apresuró á decir:

— Venerable Matusalem, mucho vales, pero te juro que si fueras vino no tendrías precio.

Medina hizo sonar una de sus copas golpeándola con la hoja del cuchillo, y dijo:

— Queda terminado este incidente.

— Justo, añadió Miguel; entremos en la orden del día; la proposición que hay sobre la mesa es ésta: «Ya no somos niños.»

— Pido la palabra, gritó Matusalem, como autor de la proposición.

— Usía la tiene, contestaron á la vez los tres individuos que formaban el resto de la asamblea.

— Señores, dijo Matusalem, no somos niños; la edad viril, por el natural desarrollo de los tiempos, ha puesto término á la ominosa época de la escuela y de la universidad, y hemos sacudido el yugo tradicional de los maestros y de los padres. La naturaleza, incorregible ciegamente, opuesta á todo adelante, nos ha hecho pasar por las *horcas caudinas* de la infancia, como si en el orden del progreso que forma el espíritu positivo de

nuestro siglo no fuera un verdadero adelanto que el hombre apareciera desde luégo en el mundo hecho y derecho, borrándose de una vez de la historia de la especie humana ese período de esclavitud y oscurantismo por que nos hacen pasar preocupaciones inveteradas. Es una injusticia abominable que hayamos de nacer desposeidos de todo derecho, hasta del derecho de elegir padres, facultad sin la que no puede tener plenitud ni sólido fundamento el principio del derecho electoral. Mas dejando la urgente resolución de esta dificultad á la primera asamblea soberana que se proponga formalmente hacer entrar en el cauce de la civilización moderna á la naturaleza rezagada, para lo cual le bastará un solo voto de mayoría, es el caso que nosotros ya somos hombres y debemos pensar en vengarnos de la injusticia de haber sido hijos, apelando al derecho de ser padres. (*Risas.*) Quiero decir que debemos ir pensando en casarnos. (*Murmillos, Medina pide la palabra. Agitación.*)

Miguel hizo sonar su copa, gritando:

—Orden, orden.

Matusalem añadió:

—He dicho.

—Medina, dijo Miguel, tú tienes la palabra.

Tragóse apresuradamente el bolsista el bocado que tenía entre los dientes, se humedeció la boca con un trago de vino del Rhin, y comenzó á hablar en estos términos:

—El matrimonio tiene tres aspectos, á saber: la costumbre, el amor y la conveniencia; el que se casa por costumbre es un rutinario, el que se casa por amor está ciego, el que se case por conveniencia es preciso que mire bien lo que hace. Comprendo el matrimonio por costumbre en aquellos tiempos en que, alejados los hombres del activo movimiento de la vida pública, sin ver más horizonte que el de las cuatro paredes de la casa, ni más mundo que la familia, pasando el día en las faenas del taller ó en las tareas de la oficina, sin un casino donde matar las noches, sin un café donde consumir las pesadas horas de la vida, sin un club donde revolver el mundo. ¿Qué habian de hacer más que

casarse? No tenían otro recurso. Pasaban de las faldas de la madre á los brazos de la mujer como si no supieran vivir solos, formando parte de aquella vegetacion tranquila en que nacieron, vivieron y murieron nuestros abuelos. Comprendo el matrimonio por amor en la época de los torneos y de las trovas, en que no habia más que un Dios, un rey y una dama; en que á cada Cid le era absolutamente indispensable su Jimena; en que el honor mandaba, el valor obedecía y el amor era el alma de las más locas empresas. Mas hoy, que la mujer está á punto de salir de la esclavitud que la tenía condenada á la cárcel de la casa y al presidio de la familia bajo el título especioso de su debilidad; abrogándose el hombre un protectorado injusto, teniéndola en perpétua tutela, so pretexto de que era hija, de que era madre; hoy, digo, que la civilizacion rompe sus prisiones, y emancipándola de la tiranía de su sexo, la lleva como de la mano á la adquisicion de todos los derechos del hombre, concediéndole todas las aptitudes necesarias para todas las carreras, para todos los oficios, para todos

los empleos, la mujer ha perdido el carácter de compañera sumisa del hombre; más que esposa, es socio, es un capital que se une á otro capital. Entendido así el caso, el matrimonio no puede tener más que un vínculo, el del interes; es la union de dos fortunas, y dejando de ser una tontería ó una locura, se plantea por sí mismo en el terreno formal del negocio, y al plantearse por sí mismo, por sí mismo se resuelve. Ya no es la mujer más bella, ni la más jóven, ni la más honesta, la que tiene en su mano la felicidad del hombre; ese privilegio se le ha otorgado exclusivamente á la mujer más rica. Ahora bien, buscadme una millonaria que me dote con la mitad de su fortuna, que me presente un testamento á mi favor medio minuto ántes de firmar los contratos matrimoniales, y me caso hoy mismo.

Aquí se detuvo para saborear dos cosas: Primero, el efecto que causaban sus palabras en el silencioso auditorio, y despues un prolongado sorbo de Borgoña, que absorbió con sincera delicia.

Matusalem le preguntó:

—¿Has concluido?

—Creo que sí, contestó; me parece que lo he dicho todo.

—En ese caso, dijo Matusalem, es preciso que oigamos á la ciencia. Y volviéndose á Guillen, añadió: Habla tú, doctor, habla.

Pasó el médico por sus labios la servilleta, y alzando el brazo para hacer ver todas las movibles luces del hermoso brillante que adornaba el dedo anular de su mano derecha, tomó la palabra, y recogiendo su pensamiento soltó la lengua de esta manera:

—No niego que el matrimonio es higiénico; las estadísticas más autorizadas lo prueban. Éste es el hecho; pero yo, entre todas las clases de fiebre que combato á la cabecera de los enfermos, no conozco ninguna más perniciosa que esa calentura continua y perpétua que se llama mujer propia. Discurriendo de otro modo, digo: el hombre y la mujer son dos seres distintos y hasta opuestos, de tal modo que es imposible confundirlos; son dos seres heterogéneos; el matrimonio es la suma de ambos, y yo pregunto: ¿cómo pueden sumarse las cantidades

heterogéneas? Esto es concluyente. El absurdo es antiguo, muy antiguo; tan antiguo como el hombre, pero no por eso deja de ser absurdo, puesto que está en contradicción con la ciencia; ahora bien, buscadme una mujer que no sea un sinapismo y que se halle adornada de la homogeneidad indispensable para no hacerme incurrir en un desatino científico, y vamos, entraré por el aro del matrimonio.

—Ea, Miguel, exclamó Matusalem, replica tú á este par de imbéciles, á quienes probablemente atraparé la primera mujer que les guíe el ojo.

—Mi réplica, contestó Miguel, es más breve y más compendiosa, más concluyente y más terminante; no tiene vuelta de hoja. Y poniéndose en pié para dar más solemnidad á sus palabras, añadió con énfasis: Señores: yo me caso.

—Dame esa mano, gritó Matusalem tendiéndole la suya por encima de la mesa, para lo cual tuvo que levantarse. Estamos de acuerdo; los extremos se tocan; tú el más jóven y yo el más.....

Aquí se detuvo, sin atreverse á soltar la palabra que tenía en la punta de la lengua y sin encontrar con qué sustituirla; pero Guillen y Medina se apresuraron á completar su pensamiento gritando á duo :

— Tu el más viejo.

— Es lo mismo, añadió; el más jóven y el más viejo se encuentran en el mismo momento de la vida, en ese momento crítico en que la suerte favorable ó adversa va á decidir de sus futuros destinos, porque, señores, yo tambien..... yo tambien he pensado en casarme.

— ¿Con quién? preguntaron á la vez los tres amigos.

— No la conoceis, contestó Matusalem sentándose; y diré más, creo que no la conoce nadie, porque no es tan fácil conocer á las mujeres; quizá sea yo el único hombre que la conoce, y en cuanto á ella, nunca podrá decir que se lleva chasco, porque me conoce perfectamente.

— ¿Y dónde, preguntó Guillen, has encontrado esa mujer desconocida?

— En el mundo, contestó.

— ¿Y la amas? dijo Miguel cándidamente.

— Ni pizca.

— ¿Entónces?.....

Medina quiso sacar de dudas á Miguel, y añadió con marcada ironía :

— Entónces, es claro..... ella es la que está perdida por este hombre en cantador, que le ha sorbido el seso.

— ¡Oh! exclamó Matusalem, ella me detesta con toda su alma.

— ¿Y qué idea te llevas con semejante matrimonio? preguntó Guillen.

— Una muy sencilla..... la idea de casarme..... ni más ni ménos.

Los tres amigos se le quedaron mirando con esa atencion con que se clavan los ojos en los enigmas que queremos descifrar, y Matusalem, satisfecho del interes que inspiraba, continuó diciendo:

— Ved, en cambio, el reverso de la medalla: Miguel va á casarse con una mujer muy conocida, á quien ama ciegamente y de la cual será amado con locura. Éste es el camino trillado. Su futura no dejará de pensar en él ni un instante, y estoy seguro de

que la mía no me olvida ni un momento. Yo, sin embargo, le llevo una ventaja, una ventaja inmensa: sé que me odia, lo cual me pone completamente á cubierto del temor de que me engañe..... contingencia de que ningun amor se halla libre. Mas veo en vuestros semblantes la expresion candorosa de una duda infantil..... Á un mismo tiempo os estais haciendo los tres la misma pregunta. Vosotros decis: ¿Por qué se casa con este hombre esa mujer que lo aborrece? Vais á saberlo, porque en este dia de efusion amistosa no quiero tener ningun secreto para vosotros: se casará conmigo para salir de mí.

Una triple carcajada cubrió las últimas palabras de Matusalem, al mismo tiempo que el estampido de las botellas de *Champagne* anunciaba que habia llegado, por fin, la hora de los postres.

El *Champagne* es un vino orgulloso, que tiene tambien sus pretensiones de subirse á la cabeza, pero que por lo regular sus esfuerzos son inútiles y no pasa de la lengua; es un vino locuaz, bullicioso, alegre, capaz

de hacer hablar á un muerto; así es que á la segunda libacion los cuatro amigos charlaban á la vez sin poder entenderse.

Apaciguado el tumulto, aprovechó Matusalem un momento de silencio para dejar caer la siguiente pregunta:

—Veamos, Miguel, ¿estás en el primer amor?

Miguel movió la cabeza contestando:

—Sí y no.

—¡Bravo! exclamó Guillen: éste no quiere ser ménos estúpido que el otro: será curioso ver cómo prueba que se puede ser y no ser á un mismo tiempo.

—Eso se explica fácilmente, replicó Medina: la Marquesa es una mujer que vale por dos, y para amarla cumplidamente es preciso sentir por ella dos amores, y hé ahí cómo el amor de Miguel puede ser á la vez el primero y el segundo.

La gracia de Medina no produjo el efecto que su autor deseaba: el hombre de las letras de cambio y de los títulos al portador no pudo llevar con paciencia este desaire á su literatura, y sonriéndose con desden del

mal gusto de sus amigos, prorumpió en estas palabras :

—Veo que sois demasiado exigentes y que mi razon no os convence; pero os llevais un solemne chasco si creéis que he dicho todo lo que tenía que decir acerca del asunto, y voy á confundiros.

Semejante arrogancia impuso ese profundo silencio y esa atencion ansiosa que subyugan á los espectadores de un melodrama en el momento de la gran catástrofe.

Medina, con la servilleta en la mano izquierda y el puño derecho enérgicamente levantado sobre las cabezas de sus tres amigas, parecia nada ménos que el mismo Júpiter pronto á lanzar el rayo.

En esta actitud imponente dijo :

—¿De qué amor hablais?... ¿del amor que inspira ó del amor que siente? El amor que siente es muy posible que sea el amor primero, aunque á los veinte y cinco años suele ser el décimo; pero la Marquesa es viuda, y cuando ménos hay que convenir en que el amor que él le inspira es indudablemente el segundo. Es una, combinacion en

que él pone todo lo que tiene, y ella lo que le queda.

Miguel se mordió los labios, y ésta fué la señal del aplauso con que fueron coronados sus esfuerzos : el triunfo era completo.

Miró Matusalem á Miguel arqueando las cejas con expresion compasiva, diciéndole :

—Todavía te queda el derecho de explicarnos tu contradictoria tésis, haciéndoles ver á este doctor y á este agente de Bolsa que, fuera de enterrar sanos y *levantar muertos*, no saben absolutamente lo que se pescan.

—Me pones, replicó Miguel, en un caso verdaderamente difícil. ¿Cómo se le habla de la música á un sordo, de la luz á un ciego y del alma á un bruto? Sin embargo, os voy á decir que no es la Marquesa la primera mujer que se me ha metido en el corazon, y no obstante, me parece la misma.

—Lo creo, exclamó Guillen sin poder contenerse, porque es cosa averiguada por la ciencia que todas las mujeres son iguales.

—No lo interrumpas, añadió Medina; aquí debe haber una historia interesante.

—Sí, dijo Matusalem, entreveo un caso de

bigamia espiritual, que ha de ser muy curioso. Miguel apuró una copa y prosiguió diciendo :

—Imaginaos que un día, en el momento en que luchaba por coger entre mis manos en números redondos la fabulosa suma de cien mil duros hirió mis oídos el estrépito repentino de la carcajada más burlona que ha podido salir de boca humana. Alcé los ojos y entró por ellos..... ¿qué os diré yo?..... ¿Teneis por casualidad idea de cómo son los ángeles?..... ¿Habeis reparado alguna vez en la suave pureza con que Rafael baña el rostro de sus Vírgenes?..... pues entonces imaginaos la faz risueña de un ángel del cielo ó el dulce semblante de una Virgen de Rafael..... Del fondo de mi corazón salió un grito que espiró en mis labios, y me quedé inmóvil y mudo contemplando la rara perfección de aquella criatura. Sus ojos, de un azul profundo, se bajaron ante los míos, su sonrisa se disipó como una luz que se desvanece, y sus mejillas, sonrosadas como el nácar, se cubrieron de un vivo encarnado, y sus espléndidos rizos, de color de oro, cir-

cundaban el gracioso contorno de su cabeza como una aureola resplandeciente. Cuando volví en mí ya era otro.

Los tres que oían este apasionado relato se movieron como disponiéndose á hacer una pregunta; pero Medina los contuvo, y anticipándose preguntó :

—¿Y los cien mil duros?

—Bah..... exclamó Miguel, los cien mil duros se los llevó el viento; no volví á acordarme de ellos, y hasta me olvidé de Matusalem, á quien aquel día precisamente habia jurado en lo íntimo de mi alma la broma más pesada y más tierna de que tiene noticia la historia.

Sacudió Matusalem los dedos de su mano derecha con la satisfacción del que acaba de escapar de un peligro inminente, y Miguel, dando suelta á un profundo suspiro, añadió:

—Aquel ángel me hizo olvidar á ese demonio. Ya no pensé más que en ella.

—¿Y ella? preguntó Guillen entornando los ojos.

—Ella..... sentia en su alma lo mismo que yo sentia..... Hoy mismo he sabido.....

—¡Qué! preguntaron los tres viendo que se detenía.

—¿Qué? nada..... que no pensaba más que en mí.

—Prosigue, dijo Matusalem, nos tienes con la boca abierta.

—Ahora, continuó Miguel, se cambia la escena; de la ventana de un cuarto piso hay que descender al jardín de un palacio; en este jardín hay un pabellon, dentro de ese pabellon suena una música que llena mis oídos de dulce deleite, y una voz apasionada canta temblando de amor y de celos. Me acerco poco á poco al pabellon, trepo silencioso á una de las ventanas y veo una cabeza magnífica, unos soberbios hombros, un talle espléndido y el pié más atrevido que puede verse; toda la vida se me agolpa á los ojos, y lo que no veo lo adivino. Aquella mujer se levanta y me hace estremecer con sus movimientos, llenando mi alma de una voluptuosidad indecible..... Era..... ¿qué os diré yo?..... Vénus, la misma Vénus en persona..... En el pabellon hay un caballete, y en el caballete hay un retrato..... se inclina,

lo besa y desaparece..... Envidio aquel beso, salto dentro del pabellon, miro, y aquel retrato era mi retrato..... Salí de allí no sé cómo, y desde aquel momento no he podido olvidarla..... Ahora bien, estas dos mujeres se confunden en mi corazón, se mezclan en mi pensamiento y me parecen una misma.

—Pero son dos, querido mio, añadió Medina, repiqueteando con los dedos sobre la mesa.

—Dos, repitió Matusalem, y bien distintas por cierto.

—Bueno, dijo Guillen, ése es un fenómeno psicológico y fisiológico; pero sepamos: la primera te hizo olvidar á Matusalem, ¿qué te ha hecho olvidar la segunda?

—¡Ah! la segunda me ha hecho olvidar hasta á mi madre.

Matusalem se frotó las manos, preguntando:

—Y dime, ¿qué has hecho de la primera?

—La primera..... se ha perdido.

—No es eso lo que importa saber, se apresuró á decir Medina, y además se supone: lo que no acierto, lo que me tiene lleno